

24 de julio de 2022  
17° Domingo del Tiempo Ordinario Ciclo C



LECTURAS

**Génesis 18,20-32:** En aquellos días, el Señor dijo a Abraham: "El clamor contra Sodoma y Gomorra es grande y su pecado es demasiado grave. Bajaré, pues, a ver si sus hechos corresponden a ese clamor; y si no, lo sabré". Los hombres que estaban con Abraham se despidieron de él y se encaminaron hacia Sodoma. Abraham se quedó ante el Señor y le preguntó: "¿Será posible que tú destruyas al inocente junto con el culpable? Supongamos que hay cincuenta justos en la ciudad, ¿acabarás con todos ellos y no perdonarás al lugar en atención a esos cincuenta justos? Lejos de ti tal cosa: matar al inocente junto con el culpable, de manera que la suerte del justo sea como la del malvado; eso no puede ser. El juez de todo el mundo ¿no hará justicia?". El Señor le contestó: "Si encuentro en Sodoma cincuenta justos, perdonaré a toda la ciudad en atención a ellos". Abraham insistió: "Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza. Supongamos que faltan cinco para los cincuenta justos, ¿por esos cinco que faltan, destruirás toda la ciudad?". Y le respondió el Señor: "No la destruiré, si encuentro allí cuarenta y cinco justos". Abraham insistió: "Quizá no se encuentren allí más que cuarenta". El Señor le respondió: "En atención a los cuarenta, no lo haré". Abraham siguió insistiendo: "Que no se enoje mi Señor, si sigo hablando, ¿y si hubiera treinta?". El Señor le dijo: "No lo haré, si hay treinta". Abraham insistió otra vez: "Ya que me he atrevido a hablar a mi Señor, ¿y si se encuentran sólo veinte?". El Señor respondió: "En atención a los veinte, no la destruiré". Abraham continuó: "No se enoje mi Señor, hablaré sólo una vez más, ¿y si se encuentran sólo diez?". Contestó el Señor: "Por esos diez, no destruiré la ciudad".

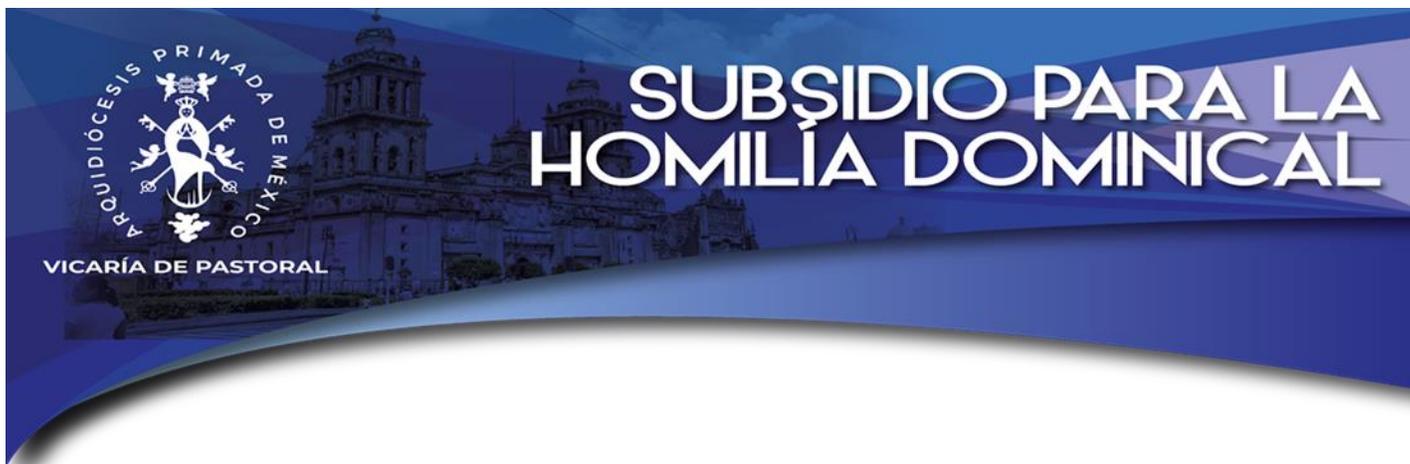


**Salmo 137:** De todo corazón te damos gracias, Señor, porque escuchaste nuestros ruegos. Te cantaremos delante de tus ángeles, te adoraremos en tu templo. Señor, te damos gracias por tu lealtad y por tu amor; siempre que te invocamos, nos oíste y nos llenaste de valor. Se complace el Señor en los humildes y rechaza al engreído. En las penas, Señor, me infundes ánimo, me salvas del furor del enemigo. Tu mano, Señor, nos pondrá a salvo y así concluirás en nosotros tu obra. Señor, tu amor perdura eternamente; obra tuya soy, no me abandones.

**Colosenses 2, 12-14:** Hermanos: Por el bautismo fueron ustedes sepultados con Cristo y también resucitaron con él, mediante la fe en el poder de Dios, que lo resucitó de entre los muertos. Ustedes estaban muertos por sus pecados y no pertenecían al pueblo de la alianza. Pero él les dio una vida nueva con Cristo, perdonándoles todos los pecados. Él anuló el documento que nos era contrario, cuyas cláusulas nos condenaban, y lo eliminó clavándolo en la cruz de Cristo.

**Lucas 11, 1-13:** Un día, Jesús estaba orando y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: "Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos". Entonces Jesús les dijo: "Cuando oren, digan: 'Padre, santificado sea tu nombre, venga tu Reino, danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas, puesto que también nosotros perdonamos a todo aquel que nos ofende, y no nos dejes caer en tentación' ". También les dijo: "Supongan que alguno de ustedes tiene un amigo que viene a medianoche a decirle: 'Préstame, por favor, tres panes, pues un amigo mío ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle'. Pero él le responde desde dentro: 'No me molestes. No puedo levantarme a dártelos, porque la puerta ya está cerrada y mis hijos y yo estamos acostados'. Si el otro sigue tocando, yo les aseguro que, aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo, por su molesta insistencia, sí se levantará y le dará cuanto necesite. Así también les digo a ustedes: Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, toquen y se les abrirá. Porque quien pide, recibe; quien busca, encuentra, y al que toca, se le abre. ¿Habrá entre ustedes algún padre que, cuando su hijo le pida pescado, le dé una víbora? ¿O cuando le pida huevo, le dé un alacrán? Pues, si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan?".





## LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

### CUANDO DE PEDIR SE TRATA

Sin lugar a duda, el tipo de oración más común entre los cristianos es el de petición. Y desde luego que existe una sólida base bíblica para ello y las lecturas de este domingo son un claro ejemplo de que Dios nos conmina a pedirle, pero, la cuestión es ¿Qué nos es lícito pedirle al Señor? Le pedimos salud, paz, amor, bienestar económico, trabajo, protección contra el mal, etc.

Sin embargo, apenas profundizamos un poco nos topamos con serias dificultades: Por un lado, bien sabemos que el Señor ya tiene conocimiento de nuestras necesidades mucho antes de que las formulemos con palabras y también es claro que quiere nuestro bien y no regatea en dárnoslo. Y, por otro lado, ¿Cómo saber cuándo algo nos conviene realmente? Por ejemplo, en principio es lógico que la salud es lo conveniente, pero en muchas ocasiones la enfermedad es la única posibilidad que tenemos de reconocer nuestras limitaciones y abandonarnos en los brazos providentes del Creador.

Es en las dificultades que experimentamos la solidaridad de los auténticos amigos y en la traición del amado la oportunidad para amar oblativamente es en la desprotección que nos sentimos cobijados y se revela en todo su esplendor la providencia divina. Pareciera entonces que la oración de petición es innecesaria y hasta cierto punto blasfema, porque se estaría dudando de la eterna y efectiva benevolencia del Padre, condicionando su actuar salvífico a la torpe e insuficiente petición de los hombres, de tal modo que, por ejemplo,



Dios estaría esperando para curar del mortal cáncer a una persona hasta que algunos cristianos le pidieran su intervención sanadora. Digámoslo claramente, Dios no necesita nuestra oración para intervenir a favor de los hombres, su amor se derrama sobre todos, buenos y malos, justos y pecadores y hasta el día del juicio no separa el trigo de la cizaña. No obstante, sigue siendo cierto que en las Sagradas Escrituras y en la Tradición bimilenaria de la Iglesia consta la práctica de la oración de petición y entonces se hace necesaria la pregunta sobre el sentido de dicha oración.

En primer lugar, en efecto Dios nos conoce en la totalidad de nuestro misterio y por eso mismo sabe lo que nos conviene en cada momento determinado de nuestra vida. El hombre es contingencia, limitación de continuo, visión parcial aún de la propia existencia y por ello es incapaz de saber con cabalidad aquello que le conviene verdaderamente y entonces su petición debe estar supeditada al mejor juicio de Dios.

No obstante, la misma conciencia de su indigencia, hace al creyente ponerse de cara a su Padre como el niño que todo lo requiere de su progenitor, pero al mismo tiempo sabe que la decisión paterna será siempre la mejor y por ello la acepta dócilmente o con resistencia, pero finalmente la acepta. La petición es necesaria porque tiene efecto en el hombre, no porque tenga efecto en Dios. Al hombre siempre le caerá de maravilla el recordatorio permanente de su creatureidad y dependencia con respecto a su Padre, del cual todo lo recibe. Lo que menos importa es la formulación lingüística de la petición, siempre y cuando la actitud sea de humildad y docilidad, como dice el Salmo "Se complace el Señor en los humildes y rechaza al engreído".

En segundo lugar, el objetivo de la petición según las lecturas tiene como punto final el bien de otros y está inserta en un contexto comunitario: En la lectura del Génesis, Abraham "regatea" con el Señor con el único fin de evitar la destrucción de Sodoma. La narración es exquisita y al más puro estilo de la costumbre en los mercados mexicanos. La paciencia de Dios ante el regato del patriarca es enternecedora y abre horizontes de comprensión sobre el actuar de Dios ante la oración del creyente que implora por la vida de otros, aunque estos no sean precisamente un dechado de virtud, porque uno podría preguntarse ¿Qué Dios no podría haber perdonado solo a los justos y acabado con los malvados? ¿No es acaso esta la pregunta que hoy día muchos se hacen ante el problema del mal que infligen unos hombres sobre otros?

Y es que Dios tiene fe en el hombre, espera que el testimonio de los justos ilumine el corazón entenebrecido de la cizaña y un día, por fin, esta se abra al amor y la justicia. Es cierto que Abraham intercede por los justos, pero también es verdad que los injustos terminan beneficiados con la paciencia divina.

El Salmo aporta la dimensión comunitaria de la oración "Te damos gracias...escuchaste nuestros ruegos...te cantaremos, te adoraremos...siempre que te invocamos, nos oíste y nos llenaste de valor...tu mano, Señor nos pondrá a salvo y así concluirás en nosotros tu



obra" ¿Y cuál es la obra del Señor sino la salvación del hombre? ¿Y que es la salvación del hombre sino la vivencia del amor oblativo, el amor que se expresa en oración de petición por el bien de los otros? De manera natural, la vida en comunidad, la vida que compromete con los hermanos suscita la conciencia de la "comunidad de los santos", cada vez más el objeto de nuestra atención es el otro, y como consecuencia lógica, la oración se hace excéntrica, exactamente en la misma medida que el amor es en sí mismo salida hacia otro, la oración de petición se centra en el bien del hermano e incluso en el enemigo. Pero ese amor, nos lo recuerda la Carta a los Colosenses, es fruto del bautismo que nos sepulta con Cristo y nos resucita con él.

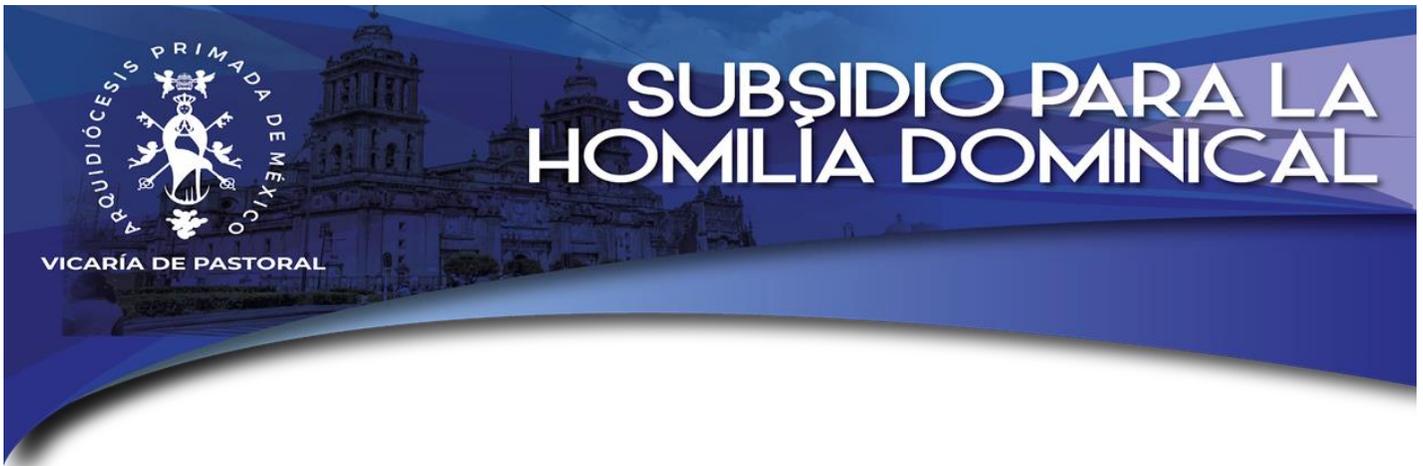
Estábamos muertos por el pecado, pero hemos nacido a una nueva vida caracterizada por el amor del crucificado. La nueva vida del bautizado es un don que viene de lo alto, las virtudes recibidas son potencias que nos permiten vivir el Evangelio con toda su radicalidad. El perdón solicitado por Abraham para Sodoma era prefigura del perdón que Dios nos otorga en Cristo y nos convierte en pueblo de la alianza, una alianza que se consuma y perfecciona en la cruz del Calvario.

En el Evangelio de Lucas, se ilumina un aspecto fundamental de la oración: Los discípulos piden a Jesús que les enseñe a orar, "como Juan enseñó a sus discípulos". La respuesta de Jesús es revolucionaria, no les enseña una fórmula estereotipada que habría que repetir mecánicamente. Les propone una forma de vida, una manera concreta de vivir la fe. Orar no se reduce a un momento del día en que nos encerramos en una habitación para estar a solas con el Padre, desde luego que este momento es irrenunciable para los cristianos, pero es solo la concreción puntual de una forma de vivir todos y cada uno de los momentos que conforman nuestra existencia.

El cristiano vive así ("Cuando oren, digan"): Siempre en referencia al Padre, dando a conocer al mundo mediante su testimonio el misterio de bondad y plenitud que es Dios ("santificado sea tu nombre"), haciendo posible (tramite la gracia) el Reino en la tierra ("venga tu Reino"), esperando confiadamente en la providencia divina que en todo momento sustenta la vida ("danos hoy nuestro pan cotidiano"), esperando el perdón porque primero hemos perdonado ("y perdónanos nuestras ofensas, puesto que también nosotros hemos perdonado a todo aquel que nos ofende") y pidiendo la fuerza del Espíritu para no perecer cuando la vida ponga a prueba nuestra adhesión a él ("no nos dejes caer en la tentación"). Insistir vehementemente y sin desfallecer en el don del Espíritu Santo, dádiva suprema del Padre y vehículo insalvable para llegar al Padre, instancia última de la eterna búsqueda del corazón humano.

Es una hermosa definición de la vida cristiana, una vida avocada a interceder por los demás ante el Padre. Si de pedir se trata... ¡A pedir el Espíritu con la confianza de saber que Dios no nos lo negará!

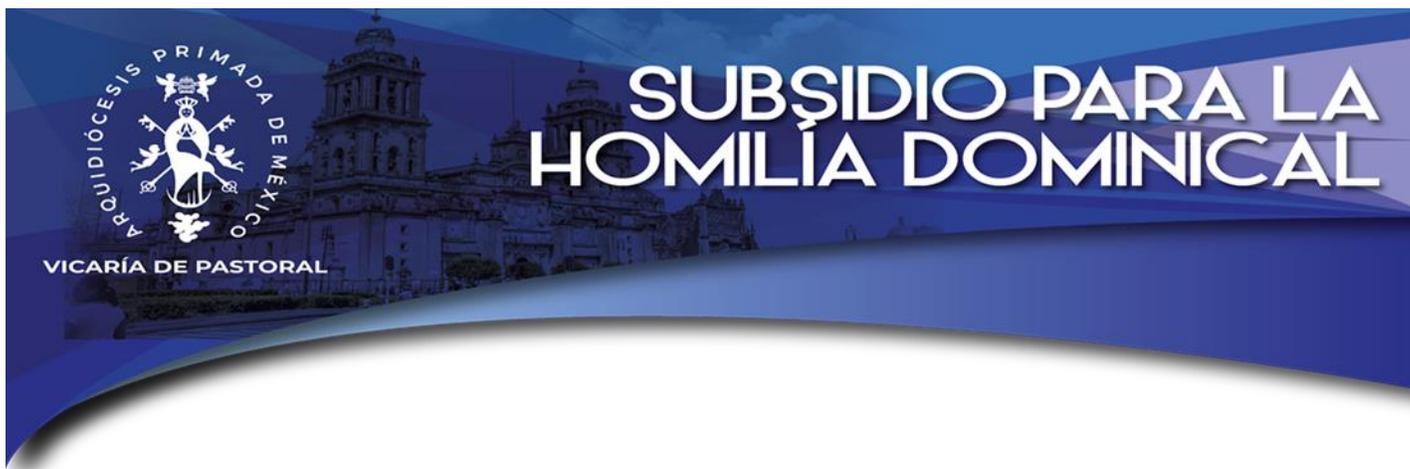




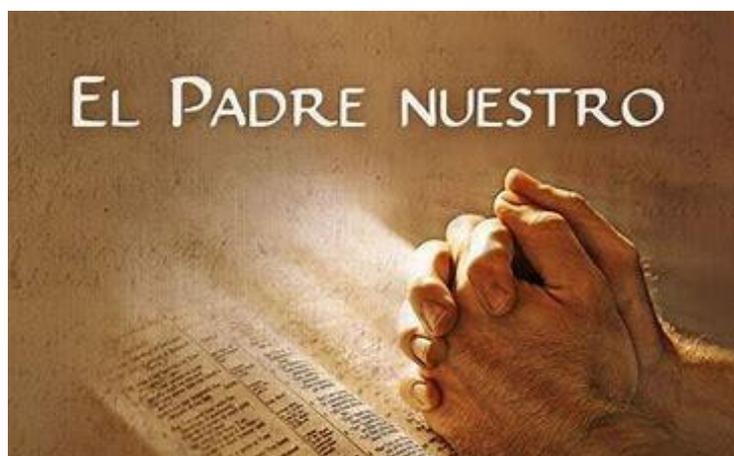
## SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- Abraham intercede por los justos de Sodoma. En medio de la violencia y el pecado de aquel pueblo aún quedan seres humanos inocentes. Estamos llamados ser intercesores ante Dios por la vida de los inocentes, de los justos, de los que sufren sin ser culpables. ¿Cómo vives tú esa encomienda de Dios?
- Para Pablo, la resurrección es ya una realidad para los bautizados, que han muerto al pecado y gozan ahora de la vida nueva en Cristo. Es decir, la resurrección es también una forma de vida aquí, en la historia. ¿Cómo muestras al mundo la vida nueva de la que Cristo te ha participado?
- Cuando los discípulos le piden a Jesús que les enseñe a orar, lo primero que hace Jesús es comprometerlos con la santificación del nombre de Dios y con la espera activa del Reino. Después los invita a hacerse totalmente dependientes de su providencia y esperar el pan cotidiano, a abrir el corazón al perdón del hermano que les ha ofendido. Y es que Dios es el más generoso, pero para recibir los frutos de esa generosidad hay que vivir como él, amar como él, entregarse como él. Entonces sí, Dios no podrá, rendido de amor, negar a sus hijos el Espíritu, lo único que necesita el discípulo para enfrentar los retos de la vida
  - ✓ ¿Qué es lo que pides a Dios?
  - ✓ ¿Cómo le pides a Dios?





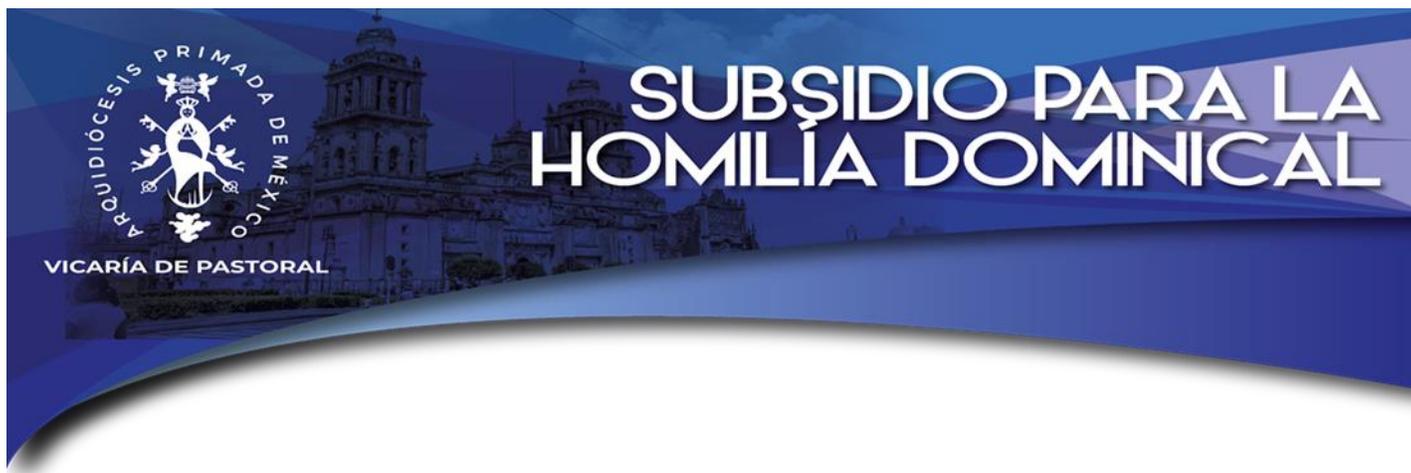
## **CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA**



**Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto:**

[https://youtu.be/jf\\_Mp7l43SQ](https://youtu.be/jf_Mp7l43SQ)





## **LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA**

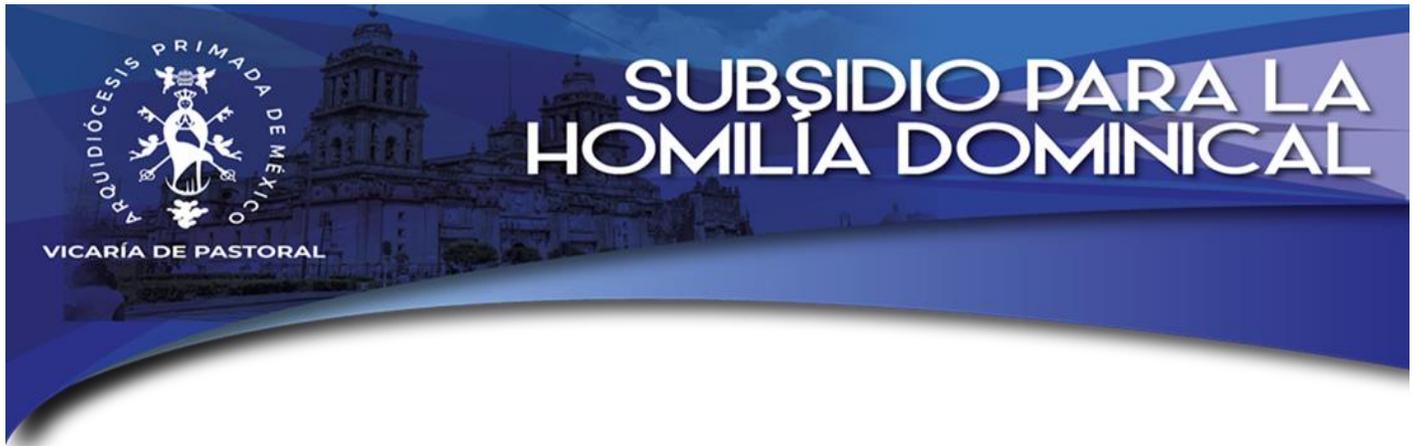


**Catequesis del papa Francisco sobre el Padre Nuestro**

<https://www.youtube.com/watch?v=01kaQqEH6>

M4





## **ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL**

### **LA ORACIÓN, UN CONSUELO SEGURO**

“Señor, enséñanos a orar”. Estas palabras fueron dichas a Cristo hace dos mil años. Ellas no pertenecen al pasado, sino que son repetidas constantemente por los hombres. La oración es un problema siempre actual. Es muy común que las personas se pregunten: ¿cómo debo de orar?, ¿Dios me escucha en donde sea?, ¿sabe Dios si soy yo, o le tengo que decir mi nombre cunado oro?

La respuesta de Cristo es siempre actual. En cierto sentido, Jesús enseñó a los que le preguntaban, las palabras que deberían pronunciar para rezar, para dirigirse al Padre. Cristo enseñó las palabras de la oración, las palabras más perfectas, más completas, en ellas encierran todo.

¿Qué quiere decir rezar? Rezar significa sentir la propia insuficiencia y pequeñez, sentir a través de las diversas necesidades que se presentan al hombre, las necesidades que se presentan al hombre, las necesidades que forman parte de la vida cotidiana. La necesidad de pan, por ejemplo, es el símbolo de todas las necesidades del cuerpo humano, de las necesidades que el hombre necesita porque tiene cuerpo. Pero la escala de estas necesidades es más amplia.

Rezar, por tanto, quiere decir ser conscientes; ser conscientes, hasta el fondo de todas las necesidades del hombre, de toda la verdad sobre el hombre y, en nombre de esa verdad, cuyo sujeto directo soy yo mismo, pero también mi prójimo, todos los hombres, la humanidad entera..., en nombre de esa verdad, dirigirse a Dios como al Padre. Aprender



quien es el Padre quiere decir aprender la respuesta a la pregunta sobre cómo se debe rezar, porque rezar quiere decir también encontrar la respuesta a una serie de preguntas profundas de mi existencia y mi sentido de la vida. La oración es el todo de un hombre.





## **ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA**

“¿Será posible que tú destruyas al inocente junto con el culpable?”, pregunta Abraham a Dios cuando intercede por los justos de Sodoma. Querido adulto mayor, el patriarca imploró por la vida de otros y Dios lo escuchó. Unos cuantos justos en Sodoma hubieron podido haber salvado a todos, tal parece que esa es la enseñanza de esta lectura, que las acciones de un individuo tienen un gran impacto en los acontecimientos en su vida, en su familia, en su comunidad y en el mundo, ¿tú te has puesto a pensar qué impacto tienen tus acciones primeramente en tu vida y luego en tu familia? ¿Te comportas y actúas en tu propio y egoísta beneficio solo para lograr algo que te haga sentir bien a ti dentro de los próximos cinco minutos?

¿Piensas si la decisión o acción que tomaste para satisfacerte en lo inmediato también te hará sentir bien dentro de una hora, dos, el día de mañana, en un año, dentro de diez años, quizá? El padre nuestro es la oración que Jesús nos enseñó, cada vez que la rezas le pides al Padre que no te deje caer en la tentación, es decir, le pides a Dios que no te permita satisfacer tu inmediatez dañando tu futuro, inmediato y de largo plazo. Dios quiere que te sacrifiques, que no caigas en la tentación de lo fácil, de lo pronto y expedito, de lo que se logra sin esfuerzo. Quiere que recuerdes la alianza que tienes con él, que tu visión parcial y limitada de la vida no te nuble el pensamiento ni te lleve a hacer cosas que te alejan del camino. Deseo de corazón que tú, querido adulto mayor, seas un testimonio vivo de lo que es ser católico

Me gustaría que pensaras que los tiempos que vivimos se parecen cada vez más a Sodoma, y que los justos pudieron haberla salvado, es entonces una obligación moral del



cristiano ser y vivir como esos justos de aquel tiempo, uno solo puede salvar a todos. Que tu vida sea un ejemplo de luz, caridad, fe y esperanza cristianas.

La primera oración que como padres enseñamos a nuestra familia fue el padre nuestro. Tenemos la costumbre de rezar cada noche justo antes de ir a dormir, y entre otras el padre nuestro nos acompaña en ese momento. Al rezar la oración que Jesús nos enseñó, le decimos a Dios que somos y seremos de él, que aceptamos su voluntad y que deseamos ser y comportarnos como verdaderos cristianos, es decir, siguiendo el ejemplo de Jesús. Rezar en familia es un evento que debería ser cotidiano y alegre, después de todo, nos unimos a nuestro Señor a través de la oración.

En nuestra familia estamos conscientes de que en un momento dado le tenemos a Dios muchas peticiones, y que él, como buen y paciente padre, nos escucha, sin embargo, eso no quiere decir que tendremos todo lo que pedimos, porque Dios no obra de esa forma. La oración en familia nos sirve para fortalecer nuestros lazos, volvernos más fuertes en la adversidad y humildes en la felicidad, pues al Señor le agrada la gratitud y que sus creaturas iluminen los corazones ensombrecidos. Deseamos que tu familia y tú, querido papá o mamá, se regalen unos minutos del día para rezar juntos, para ofrecer los corazones y las intenciones a Dios, para estrechar sus lazos, para mostrar gratitud y humildad.





## **ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD**

En este Domingo, en el que la Iglesia nos propone textos de la Palabra de Dios que nos invitan a orar y cómo orar, la misma Iglesia nos invita a recurrir a Dios invocándolo como “protector de los que en ti confían” (ya resonaría la innovación ‘Padre’), más aún “sin ti, nada es fuerte, ni santo”. Inicia, pues, por colocarnos en la justa dirección: confiar en Dios, cuyo efecto será, como gracia suya, su protección.

La motivación es que él es la fuente de todo, especialmente de todo lo que vale, pues, “si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los constructores...”; y también es la fuente de la vida al hacernos participar de la plenitud de su amor (santificado sea tu nombre: baste recordar que una voz pasiva en la Escritura sin un sujeto agente mencionado explícitamente significa un pasivo divino; no es el hombre quien santifica sino el mismo Dios y, santificar, es, en última instancia, dar vida: cfr. Lv 10, 10).

De ahí, somos invitados a pedir que multiplique sobre nosotros su misericordia. En efecto, al reconocer que de él viene todo lo santo y fuerte, todo, la experiencia de la propia vida con todo cuanto en ella hay, lo reconocemos – personas, cosas y acontecimientos – como venidos de Dios y, por lo tanto, como experiencia de su misericordia (danos hoy nuestro pan de cada día, pero sobre todo el ‘supersubstancial’).

Por lo tanto, en esa frase estamos haciendo memoria – anámnesis – de lo que él ya ha hecho por nosotros – en general y en particular para cada uno – lo cual nos da la certeza de poder pedirlo y esperar que nos sea dado. Pero no solo, esto nos lleva a estar atentos a esa misericordia de Dios que él mismo sigue, en el hoy de la propia historia y existencia, multiplicando sobre nosotros, para descubrir, en su mano providente la guía por la cual quiere también dirigirnos (venga tu Reino).



Es entonces cuando se nos da la finalidad, saber – podría resonar detrás la ‘sabiduría’ – hacer un recto – válido y fuente de vida – uso de lo que reconocemos él mismo pone cada día en nuestras vidas y lo hagamos no solo reconociendo esto sino buscando corresponderle, de manera que no nos deje caer en tentación, lo cual siempre incluirá, en primer lugar, a las personas (perdona nuestras ofensas, puesto que también nosotros perdonamos a todo aquel que nos ofende).

En consecuencia, somos invitados a presentar esto, nuestra vida como “los dones que por tu generosidad te presentamos” – te ofrecemos de los mismos bienes que nos has dado, dice el Canon romano – para que “santifiquen nuestra vida” y “nos conduzcan”, en el momento de la presentación de los dones, para que, recibidos como “sagrados misterios” o “sacramento celestial”, es don “que él mismo nos dio con inefable amor”, sea para nosotros fuente de salvación eterna.

El prefacio IX para los Domingos del Tiempo Ordinario, puede ayudarnos a orar esto y de esta manera en el culmen de la oración durante la Eucaristía, al ayudarnos a recordar que es él quien gobierna a su Iglesia dándole en todo lugar y en cada momento lo que más conviene, y para ello, no cesa de asistirle con la fuerza de su Espíritu Santo, para que nunca abandone esta actitud orante, ni como acción de gracias ni como oración de petición.

